Sí, podemos tener esperanza – Joan Halifax

Una buena parte de mi vida la he pasado relacionándome con situaciones que podrían considerarse desesperadas: como activista contra la guerra, trabajadora de derechos civiles, cuidadora de personas moribundas. También me ofrecí como voluntaria con presos condenados a muerte, trabajé en clínicas médicas en áreas remotas del Himalaya, donde la vida es dura, la comida es escasa y el acceso a la atención médica es nulo, y trabajé en Katmandú con refugiados rohingya que no tienen estatus en ningún lugar. Podrías preguntar, ¿por qué molestarse? ¿Por qué mantener la esperanza de poner fin a la guerra o la injusticia? ¿Por qué dar esperanza a las personas que están muriendo o a los refugiados que huyen del genocidio o para encontrar soluciones al cambio climático?

A menudo me ha preocupado la noción de esperanza. Pero recientemente, en parte debido al trabajo de la crítica social Rebecca Solnit y su poderoso libro *Hope in the Dark*, me estoy abriendo a **otra visión de la esperanza**, lo que yo llamo esperanza sabia.

Sabemos que la esperanza ordinaria se basa en el deseo, en el deseo de un resultado que bien podría ser diferente de lo que realmente sucederá. No conseguir lo que esperábamos se suele vivir como una especie de desgracia. Alguien que tiene esta esperanza tiene una expectativa que siempre se cierne en un segundo plano, la sombra del miedo a que sus deseos no se cumplan. ***Esta esperanza ordinaria es una expresión sutil de miedo y una forma de sufrimiento.***

Una esperanza sabia no significa negar estas realidades. Significa enfrentarlas.

La esperanza sabia no es ver las cosas de manera irreal, sino ver las cosas como son, incluida la verdad del sufrimiento, tanto su existencia como nuestra capacidad para transformarlo. Es cuando nos damos cuenta de que ***no sabemos qué sucederá cuando este tipo de esperanza cobre vida; en esa amplitud de la incertidumbre está el espacio mismo que necesitamos para actuar.***

Con demasiada frecuencia nos paralizamos por la creencia de que no hay nada que esperar, que nuestro diagnóstico de cáncer es una vía de un solo sentido sin salida, que nuestra situación política no tiene remedio, que no hay forma de salir de nuestra crisis climática. Se vuelve fácil pensar que ya nada tiene sentido o que no tenemos poder y no hay razón para actuar.

A menudo digo que debería haber solo dos palabras sobre la puerta de nuestro templo ¡***Mantente Presente!*** Sí, el sufrimiento está presente. No podemos negarlo. Actualmente hay 65,3 millones de refugiados en el mundo, solo once países están libres de conflictos y el cambio climático está convirtiendo los bosques en desiertos. La injusticia económica está llevando a las personas a una pobreza cada vez mayor. El racismo y el sexismo siguen siendo rampantes.

Pero entienda, la esperanza sabia no significa negar estas realidades. Significa enfrentarlas, abordarlas y recordar qué más está presente, como los cambios en los valores que reconocemos y nos mueven a abordar el sufrimiento en este momento. ***“No encuentres fallas en el presente”***, dice el Maestro Zen Keizan. ***¡Nos invita a verlo, no a huir de él!***

El estadista checo Václav Havel dijo: ***“La esperanza definitivamente no es lo mismo que el optimismo. No es la convicción de que algo saldrá bien, sino la certeza de que algo tiene sentido, independientemente de cómo resulte”***. No podemos saberlo, pero podemos confiar en que ***habrá movimiento, habrá cambio***. Y que seremos parte de él. Avanzamos en nuestro día y meditamos o nos sentamos al lado de la cama de un paciente moribundo o enseñamos esa clase de tercer grado.

Comparto la aspiración de despertar del sufrimiento; para muchos de nosotros, esta aspiración no es un programa de superación personal "pequeño". Pero lo intentamos a diario.

Dostoyevsky dijo: ***“Vivir sin esperanza es dejar de vivir”***. Sus palabras nos recuerdan que la apatía no es un camino iluminado. Estamos llamados a vivir con posibilidades, sabiendo muy bien que prevalece la ***impermanencia***. Entonces, ¿por qué no dar la cara?